

EXI

2.^a
edición

UNA FIESTA INOLVIDABLE



DESTINO

EXI

UNA FIESTA INOLVIDABLE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2022, Roger Cascón Segura
© de la redacción: Pol López Grau, 2022
© de las ilustraciones: Ernesto Sin, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-08-25307-5
Depósito legal: B. 388-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Índice	5
Aquí estamos	7
La tienda	15
Silvestre: el gato riñonera	23
La novata	32
Un nuevo equipo	40
La máquina de bailar	48
La cafetería	56
La pausa de antes de la guerra	64
$E + (\text{mu y de}) \times (\text{be} + \text{pi}) / \text{as} = \text{fp}$	73
La localización	83
Bebida y picoteo	92
La caseta del payaso	102
La pizarra	112
El plan	121
Los asistentes	134
La gran f. Parte 1	142
La gran f. Parte 2	150
El fin del semestre	165

AQUÍ ESTAMOS

—Diecisiete, cuarenta y uno, treinta y siete... —recitó una voz que provenía de una vieja pantalla.

Todo el mundo en esa sala estaba hipnotizado escuchando esa voz femenina, ni siquiera mis padres y yo podíamos dejar de prestarle atención. Esos números eran tan importantes que podían cambiar el destino de muchas vidas de los allí presentes.

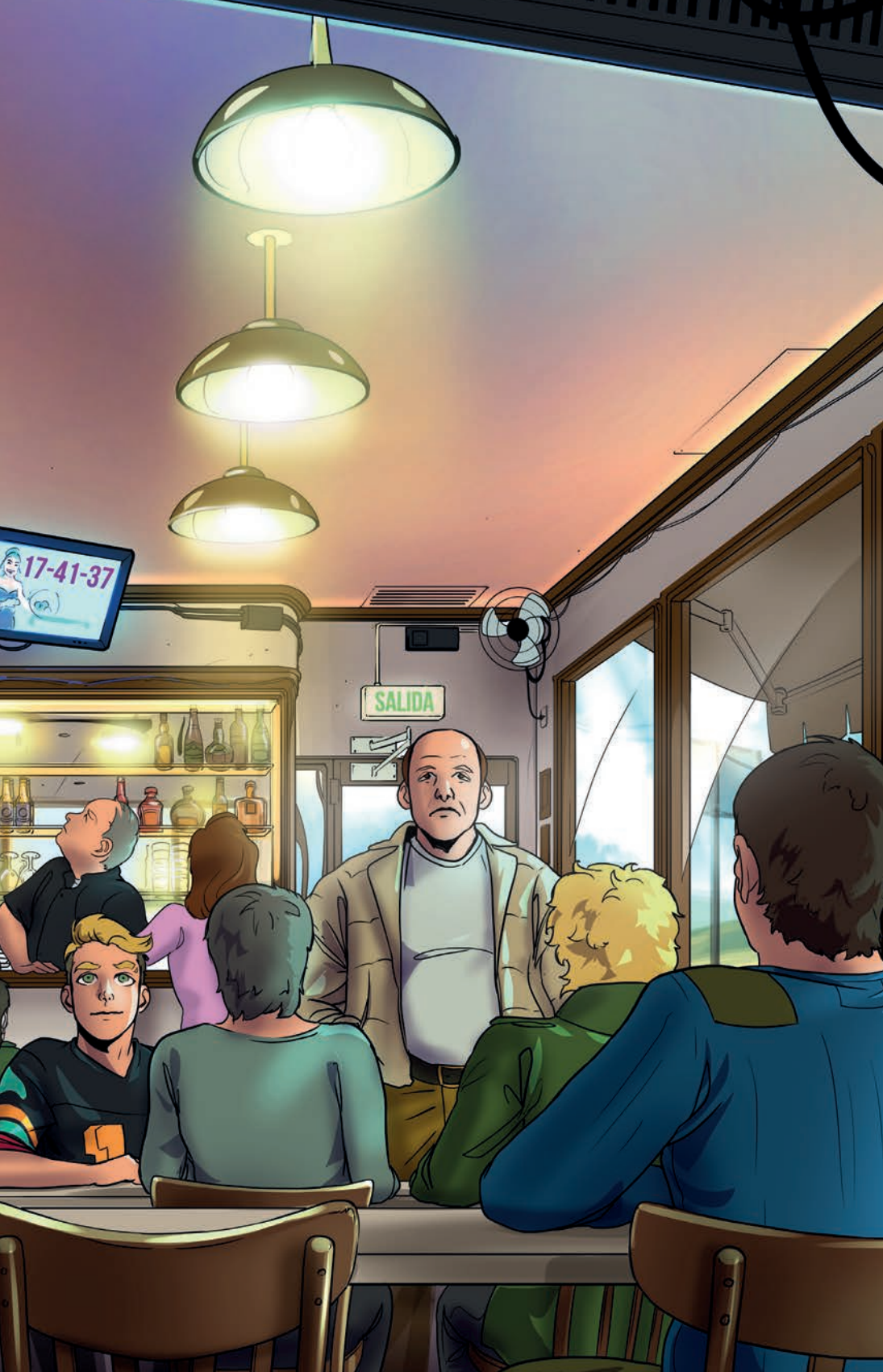
—Y el reintegro, el veintidós —terminó la voz su discurso.

—¡Qué mala suerte! —gritó un señor.

—Otra vez que no toca... —suspiró una mujer.

¡Pues no! ¡No le tocó la lotería a nadie de ese bar! Mis padres y yo nos encontrábamos en un mugriento restaurante de carretera, almorzando unas tortitas y un zumo antes de partir hacia Glitch City, la ciudad **futurista** construida encima de un tenebroso pueblo abandonado.

Ese local de camioneros era el último rastro de normalidad antes de llegar al lugar más alucinante del mundo. Cuando termináramos de desayunar, ya solo nos faltarían tres horas en coche por carreteras secundarias hasta llegar a mi hogar. ¿Estaba nervioso? Un



poco, pero la verdad es que después de terminar el semestre anterior y participar en la carrera de drones más alucinante del universo (y perderla), necesitaba un *break* mental.

Nos fuimos unos días de vacaciones al pueblo de mis abuelos y me lo pasé mejor de lo que podría haber imaginado. Qué cambio, ¿eh? De una ciudad del futuro a un pueblo con apenas cobertura. Pues... siendo honestos, desconectar un poco de tanta tecnología y pasar un tiempo en el campo me sentó la mar de bien.

En esas semanas cumplí los quince, pero no solo sumé un número a mi colección de años. Mi cuerpo pegó un estirón importante y me sentía mucho más ágil y fuerte. El caso es que allí la liamos bastante con los del pueblo haciendo nuestras movidas, y también montamos alguna fiesta que otra... Total, que pasaron cosas, cosas interesantes con alguien... Resumiendo, que fueron unas vacaciones brutales y algo cambió en mí.

Terminé el último sorbo de mi zumo de naranja y nos montamos en el coche para seguir con la ruta hasta **Glitch City**. La última vez que hicimos ese trayecto estaba tenso y lleno de dudas, pero aquel año sentía cierta paz interior. Mi madre conducía y yo miraba el paisaje con toda la calma del mundo. No había ansiedades, no había inseguridades, solo yo: Exi, con ganas de pasarlo genial en el instituto donde todo era posible: la **HIGH TECH SCHOOL**.

Una escuela con un sistema educativo fuera de la norma que ponía al alcance de mi mano todo lo que

podiera imaginar. ¿Que quería pasarme una semana viciándome? Ahí estaba la **Sala Gamer**. ¿Que quería hacer una película? Podía usar un montón de platós y decorados. ¿Acaso quería cocinar una pizza interminable? ¡Pues a los fogones de fuego frío! El director Sebas y unos profesores muy chiflados nos retaban a intentar cualquier cosa que se nos pasara por la cabeza. ¡Y ni siquiera podías suspender!

Allí, el año pasado, conocí a Gigiis y a Oscarito. Aunque tuvimos nuestros más y nuestros menos, vivimos tantas cosas juntos que al final nos hicimos más que amigos. Pero ahora todo eso quedaba muy lejos. Al terminar el curso, ellos se fueron de vacaciones por su lado y yo por el mío y cada uno siguió su propio camino.

Pensando en todo eso, el viaje hasta Glitch City se me pasó volando. Ahora nuestro coche ya avanzaba por la carretera abandonada flanqueada por árboles gigantes. Mi móvil murió de repente. Lo cual significaba que estábamos a menos de una hora de nuestro destino. Visto que reflexionar en mis cosas hacía que el tiempo se pasara más rápido, decidí ponerme al día mentalmente antes de empezar al día siguiente el nuevo semestre de la High Tech School.

La verdad es que me habían pasado tantas cosas que no sabía ni por dónde empezar... Nuestro proyecto del semestre anterior fue competir en la **DRONE DERBY**. Para ello, construimos un dron capaz de partir la roca con sus dientes de megadiamantium. Pero nuestro superproyecto fue sabotado por un personaje misterioso... ¿Habría sido Chema, el abusón del ins-

ti? Tal vez, pero nunca se encontraron pruebas y tenía coartada.

Pero lo peor de todo ocurrió cuando fuimos a la mina abandonada. Lo que descubrimos allí fue superfuerte. Sherlock 1.0, la mismísima Inteligencia Artificial que había fundado Glitch City años atrás, nos reveló una profecía maldita: llegaría un día en que un elegido, al cumplir los diecisiete, destruiría la ciudad. Nos soltó unos números raros, algo así como la ecuación de la profecía: $17.45(37)$... Pero nunca supimos si iba en serio o no (y el pobre Sherlock 1.0 acabó aplastado por una roca antes de poder sacarnos de dudas...).

Ciertamente, quedaron muchos cabos sueltos sobre ese tema, pero no había vuelto a pensar en ello hasta ese momento. Y, no nos engañemos, después de lo que pasó en el pueblo durante las vacaciones, mi cabeza no estaba para rollos misteriosos (estaba para otros «rollos», je, je). Tenía quince años, vivía en una ciudad que parecía sacada del año 2200 y tenía otros objetivos personales.

Mi madre frenó de repente. Ya habíamos llegado al túnel que nos trasladaría a Glitch City. Bajamos e improvisamos unos estiramientos, después de tanto rato en la carretera estábamos crujidos. Un poco menos agarrotados, seguimos los pasos de mi padre hasta el interior de la cueva.

—¿Qué? ¿Tienes ganas de volver? —preguntó mi madre.

—Pssí... —contesté no muy convencido.

Pero, a cada paso que dábamos en la oscuridad de

esa cueva, me emocionaba más y más. De pronto las vacaciones ya eran cosa del pasado, ahora tenía por delante un nuevo semestre.

Anduvimos un poco más y por fin llegamos a alcanzar la salida, ahora estábamos enfrente de aquella ciudad de ensueño que combinaba mansiones, cementerios y parques de atracciones abandonados con edificios poligonales y torres de energía inalámbrica.

Nada más poner un pie fuera de la cueva ya nos esperaba mi vieja amiga Antonia. La Inteligencia Artificial de Transporte capaz de llevarnos de aquí para allá en menos de 0,2 segundos.

Pero, antes de subirme en ella, contemplé el horizonte una vez más. Pensándolo fríamente nada de lo que había en aquella ciudad tenía ningún sentido: ¿qué pintaba una pirámide de cristal al lado de un viejo museo? ¿O aquellos drones que volaban entre medio de un cementerio del siglo XIX? Mausoleos, estatuas de la época de los romanos llenas de luces de neón, animales robot y árboles impresos en 3D, ¡todo mezclado! Fuera como fuese, ese batiburrillo imposible me alucinaba bastante, aunque también me provocaba sospechas...

—Venga, ¿vienes o qué? —me avisó mi madre desde dentro de Antonia.

—Sí, sí, voy.

Eché un último vistazo y me metí en la Inteligencia Artificial de Transporte.

—Bienvenido, Exi, hijo de la empleada 05.75. Lo noto cambiado ¿Todo bien estas vacaciones?

—Más que bien, Antonia, más que bien.



Todavía no se lo había contado a nadie, pero después de mis avances como persona, ese semestre ya sabía cuál iba a ser mi proyecto para el instituto. **IBA A SER INCREÍBLE!**